

# Derrida <> Lacan ¿de qué escritura se trata?

## Derrida <> Lacan, what writing is it about?

CLAUDIA GONZÁLEZ AJA

(ASOCIACIÓN MUNDIAL DE PSICOANÁLISIS - ESPAÑA)

Recibido el 16 de julio de 2019 - Aceptado el 27 de marzo de 2020

Claudia González Aja es Doctora (PhD) en Filosofía por la Universidad Autónoma de Barcelona. Fue profesora en las Universidades San Carlos de Guatemala, Rafael Landívar y Francisco Marroquín, también en Guatemala. Actualmente, es profesora en la Universidad de Barcelona (España). Es psicóloga y psicoanalista. Fue directora (2017-2018) de la revista de psicoanálisis *Freudiana*, editada en Barcelona por RBA. Es co-autora de libros como *Pier Paolo Pasolini: entre art et philosophie* (Éditions et Presses Universitaires de Reims, 2017) y *¿Con qué sueñan los niños? El inconsciente y el deseo en su primera edad* (NED Ediciones, 2020), y es autora de artículos en *Tabula*, *Enlaces*, *La Vanguardia*, *Freudiana*, *Lacanian*, *Análisis*, *The Wannabe*, *Radar* y *Cuadernos de psicoanálisis*, entre otros. Actualmente, es investigadora independiente en los temas cuerpo, escritura, lógica, poética y estética.

RESUMEN: Este artículo pretende examinar nociones de la obra de Jacques Lacan y de Jacques Derrida en torno al tema de la escritura, más allá de lo que habitualmente se entiende por este término. Se tratará de pensar qué quiere decir la escritura despojada de sentido para cada uno de estos autores y de explorar los puntos posibles de diálogo entre la filosofía contemporánea de Derrida y el psicoanálisis lacaniano, apoyados en otros pensadores. Las nociones derridianas como *différance* y *escritura* serán articuladas con las nociones lacanianas de *letra*, *goce* y *escritura*. También será importante, por un lado, la discusión sobre el problema de la *phoné* en lo que a la escritura –no alfabética ni de trazos– se refiere. Y, por el otro, articular con esto la noción lacaniana de *sinthome* y *goce*. Se hará, pues, este recorrido para poner de manifiesto que la escritura de la que se trata tanto para Lacan como para Derrida es una que nada tiene que ver con el sentido o la significación.

PALABRAS CLAVE: Lacan – Derrida – escritura – lenguaje.

ABSTRACT: The aim of this paper is to examine the notions concerning the concept of writing in Jacques Lacan's and Jacques Derrida's works. This concept is beyond what we, commonly, understand by the word *writing*. This way, an analysis will take place so it can be discerned what writing means when it's not linked to meaning for both of these thinkers, and to explore the possible dialogue between Derrida's contemporary philosophy and lacanian psychoanalysis, not without the point of view of other thinkers. Derridian notions such as *différance* and *writing* will be linked with lacanian notions *letter*, *jouissance* and *writing*. It will also be important, on the one side, the discussion on the *phoné's* problematics when it concerns this specific notion of writing. And, on the other, to articulate this with the lacanian notion of *sinthome* and *jouissance*. This way will lead to show that the notion of writing that concerns Lacan and Derrida is one that does not concern meaning or significance.

KEY WORDS: Lacan – Derrida – writing – language.

**P**ropongo debatir la cuestión de tomar el lenguaje en otro registro, a saber, el de la escritura. Para ello, mi intención es hacer resonar las nociones *parlêtre*, escritura y letra de la obra de Jacques Lacan, como la de escritura y *différance* en la de Jacques Derrida y, así, procurar plantear qué implica una tarea tan compleja como lo es tratar dos cuestiones heterogéneas, a saber, lenguaje y escritura, en una misma fórmula, si se me permite decirlo así.

Por un lado, está el lenguaje, por el otro, la escritura. No pertenecen al mismo mundo, registro, terreno. Sin embargo, no hay escritu-

ra sin lenguaje y cada uno o, para usar la noción de Jacques Lacan, cada *parlêtre*<sup>1</sup> ha de hacer algo con la escritura propia que le viene del efecto del lenguaje, con esa heterogeneidad. Cada cual tiene su manera, siempre singular, de hacerlo. Cabe destacar que la noción de *parlêtre* difiere de la de sujeto, aunque no la elimina, *parlêtre* pertenece a la última enseñanza de Lacan: “Este término de Lacan, el *parlêtre*, reproduce la puesta al día de la función de la *lalangue*, de su juntura con el real del goce, constitutivo del inconsciente real. Es precedido por la introducción del nuevo esquematismo borromeo, esencialmente a partir de *Encore*. No elimina la noción del sujeto falta en ser, se añade a ella, para decir que de ser sólo tiene el que le viene de los efectos encarnados de *lalangue*”.<sup>2</sup> Se puede decir, entonces, que el lenguaje y la escritura se sitúan en dimensiones o niveles distintos ya que, como veremos, sus efectos no son los mismos y no provienen del mismo terreno.

Decir que se puede tomar el lenguaje a nivel de la escritura no es decir que las palabras pueden escribirse en un papel, una computadora o una pared. Tampoco significa que una palabra se escribe, en tanto que impresa, en el cuerpo de un sujeto. La palabra es relevante pero despojada de su sentido, de la gramática, de la ortografía e incluso de la lógica, como explicaré a continuación.

En su curso *El Ser y el Uno* (2011) Jacques-Alain Miller trata la diferencia absoluta que hay entre el ser y la existencia o entre la ontología y la henología, y en base a ellas es que tratará el resto de las nociones en este curso. Es en la lección del 23 de marzo de 2011 donde dice “la existencia no nos hace salir del lenguaje. Para acceder a ella hay que tomar el lenguaje a un nivel distinto que el del ser. Hay

<sup>1</sup> *Parlêtre* es un neologismo introducido por Jacques Lacan en su última enseñanza. Su punto de origen puede situarse aproximadamente en *El Seminario 19, o peor...* (2011). De cierta manera, su introducción se hace necesaria debido al cambio en la concepción del inconsciente en Lacan con respecto al inconsciente freudiano. Esta noción implica una reformulación de puntos cruciales de la enseñanza de Lacan. Por ejemplo, ella destaca la relación en primer plano del cuerpo con el goce y la lengua. Esto destaca la problemática de la relación cuerpo-palabra-goce en tanto la palabra ya no está solo vinculada al significado sino también a la dimensión del decir (no solo desde los efectos de sentido que vienen del Otro) y del eco o las resonancias que se producen en el cuerpo. De aquí los efectos enigmáticos de la lengua sobre el cuerpo. La noción de *parlêtre* ya no solo incluye el lenguaje sino el hablar (*parler*) y el ser (*être*). Sin embargo, es importante recordar que *parlêtre*, en francés, contiene las homofonías que se pierden en castellano: *par l'être, par lettre, paraître* (para el ser, por/para la letra, parecer), por lo que en este artículo conservaré el neologismo en francés y no su traducción.

<sup>2</sup> Soler, Colette, “Du parlêtre”, en *L'en-je lacanien* 11, p. 25. (La traducción es nuestra)

que tomarlo –esta es la lección de Lacan– a nivel de la escritura”.<sup>3</sup> Es una cuestión que Lacan desarrolló durante los últimos años de su enseñanza y que Miller lee y explica en este curso, no sin dejar sus aportes sobre el tema.

A partir del *Seminario 20, Aun* (2004), se encuentra formalizado este desarrollo por parte de Lacan, pero es en *El Seminario 18, De un discurso que no fuera del semblante* (2009), en el que empieza a formular una serie de postulados que le llevarán finalmente a considerar no solo que el lenguaje debe ser tomado a nivel de la escritura para poder acceder a la ex-istencia sino también a decir que su nudo borromeo es una escritura.

Para poder adentrarnos en qué es tomar el lenguaje a nivel de la escritura es importante resaltar que el dicho y el escrito no son lo mismo desde la perspectiva lacaniana, como el habla y la escritura tampoco son lo mismo para Derrida. Es decir, que no es lo mismo hablar, decir o escribir las palabras que pronunciamos que lo que se escribe de una experiencia para cada uno. Lo que se escribe, para Lacan, es la letra; para Derrida es la escritura que disemina el sentido.

Hay, pues, en Lacan, el nivel de lo que se dice que concierne al lenguaje y el nivel de lo escrito que escribe la letra, ese litoral que produce dos terrenos heterogéneos: el del saber y el del goce. Lacan lo nombra como un abarrancamiento<sup>4</sup> que deja su marca en el cuerpo, “[l]a escritura es ese abarrancamiento mismo”<sup>5</sup> dice en *Lituratierra* (2012). Al respecto de este litoral y el saber, Rithée Cevasco lo plantea como una génesis del sujeto del goce cuando dice: “la evocación del espacio de un litoral, le permite diseñar ese *locus* donde opera la letra: ¿la letra no es acaso lo literal que hay que fundar en el *litoral*? El litoral donde la letra trazará sus marcas se sitúa en el borde del agujero en el saber, en ese ‘«saber abismo», saber en jaque (en *échec*) que es el inconsciente como saber”.<sup>6</sup>

<sup>3</sup> Miller, Jacques-Alain, “La causa lacaniana” en *Freudiana*, 67, 2013, p.13.

<sup>4</sup> Cuando Lacan habla de “abarrancamiento” en *Lituratierra* (la palabra en francés es *ravinement*) apunta a una grieta o incisión profunda que puede dejar la lluvia en un terreno. También se refiere a este efecto como “chorreado” (p. 21-22), del que se puede decir que es localizado y que se produce por erosión en los suelos.

<sup>5</sup> Lacan, Jacques, “Lituratierra”, en *Otros escritos*, Buenos Aires, Paidós, 2012, pp. 19-29.

<sup>6</sup> Cevasco, Rithée, “La letra, una vía hacia lo real”, en *Pliegues, Revista de la Federación de Foros del Campo Lacaniano en España*, 4, pp. 2013, 168.

Alrededor de estos años de la enseñanza de Lacan (años setenta), se trataría entonces de tomar el lenguaje a nivel del abarrancamiento mismo, de lo que deja marca en el cuerpo del *parlêtre*, del *einzigster Zug* que Lacan llama el rasgo unario y que luego transforma en el significante Uno solo. Uno solo que, con Jean-Claude Milner, podemos llamar el Uno real, un significante que no cede a la imaginariación ni la simbolización:

el Uno real aparece entonces bajo las especies engañosas de la permanencia y la impenetrabilidad, de suerte que, en la realidad, tejida de semejantes y disemejantes, se inscribe gustoso como cicatriz de lo que permanece y resiste. Donde vuelve a hallarse la repetición, el incansable retorno, la fijeza, lo insustituible y, si no se tiene cuidado, lo idéntico a sí mismo, que sin embargo solo se evocará para deshacerlo: aquí el Uno no tiene sí mismo y no tiene propiedades aptas para descifrar su identidad.<sup>7</sup>

El Uno solo nos permite diferenciar los efectos de lo real de los de lo imaginario y lo simbólico, a la vez que nos permite situar la fina distinción entre palabra escrita y hablada, que tanto Lacan como Derrida trabajan en sus respectivas obras.

Es en 1975, en la *Conferencia en Ginebra sobre el síntoma* que a Lacan le formulan una pregunta sobre la diferencia entre la palabra escrita y la palabra hablada, a lo que él responde:

Es cierto que hay ahí una hiancia muy llamativa. ¿Cómo existe una ortografía? Es la cosa en el mundo que a uno lo deja más estupefacto y que además sea manifiestamente mediante el escrito como la palabra hace su brecha, por el escrito y únicamente por el escrito, el escrito de lo que se llama las cifras, porque no se quiere hablar de números [...] El cuerpo en el significante hace rasgo y rasgo que es un Uno. Traduje el *einzigster Zug* que Freud enuncia en su escrito sobre la identificación como rasgo unario. Alrededor del rasgo unario gira toda la cuestión de lo escrito.<sup>8</sup>

Se trata así de una escritura vinculada al rasgo unario, al Uno

<sup>7</sup> Milner, Jean-Claude, *Los nombres indistintos*, trad. Irene Agoff, Buenos Aires, Manantial, 1999, p. 30.

<sup>8</sup> Lacan, Jacques, “Conferencia en Ginebra sobre el síntoma” en *Intervenciones y textos 2*, Buenos Aires, Paidós, 2007, p. 139.

solo, a lo que hace “eco” en un cuerpo, a lo que en él resuena en un momento particular de su vida y que resonará hasta que ese afecto, en parte, caiga por contingencias que pueden ser diversas. Pero ¿una escritura de qué? ¿de qué es efecto ella? Del lenguaje y de la manera en que causa determinados afectos en el cuerpo. Evidentemente, no todas las palabras inciden igual en el cuerpo. Algunas ni siquiera tienen efectos, pasan casi desapercibidas. Sin embargo, hay otras que parecen estar resaltadas en un texto y que producen diversos afectos en un *parlêtre* determinado. Esto se debe a que no se es sensible de igual manera a una palabra que a otra, a un dicho o a otro, a un silencio o a otro. No se produce el mismo impacto debido a que cada ser humano es diferente, cada cuerpo es distinto y en ese impacto del decir sobre el cuerpo se empieza a esbozar la singularidad del goce de cada cuerpo.

La escritura es con lo que se puede pensar el impacto del significante en el cuerpo, el afecto que afecta al cuerpo en cuestión y que permanece como letra de goce. Ese impacto es un trauma porque para decir eso, para explicarlo, para nombrarlo a cabalidad no hay palabras. Se ve pues que el significante queda por un lado y el efecto de escritura que provoca, en el otro. Estos son los dos elementos heterogéneos que he mencionado al principio: significante y letra. Así, “[e]ntre palabra y escritura, se tratará del significante y de la letra. En la palabra, es el significante el que prevalece y está en busca de un sentido. En la escritura, predomina la letra y puede prescindir del sentido”.<sup>9</sup> Se trata pues de una escritura que no depende ya del significante, de una letra que es testimonio del traumatismo sobre el cuerpo. Letra que en sí misma no quiere decir nada pero que está ahí para ser leída. Lacan dice en *El Seminario 20*, que la letra es algo que se lee, diferenciando así entre lo que se escucha y lo que se lee en psicoanálisis. Agrega que “no es lo mismo leer una letra y leer. Es bien evidente que en el discurso analítico no se trata de otra cosa, no se trata sino de lo que se lee [...] esto supone que desarrollemos esta dimensión, lo que no puede hacerse sin el decir”.<sup>10</sup> Esto quiere decir que tomar el lenguaje a nivel de la escritura implica ubicar esas huellas de lo escrito en el cuerpo para leer ahí el efecto que tuvo

<sup>9</sup> Attié, Joseph, *Entre le dit et l'écrit. Psychanalyse & écriture poétique*, Paris, Editions Michèle, 2015, p. 22. (La traducción es nuestra)

<sup>10</sup> Lacan, Jacques, *El Seminario, libro 20, Aun*, trad. Diana Rabinovich, Delmont-Mauri y Julieta Sucre, Buenos Aires, Paidós, 2004, p. 38.

el lenguaje: “[l]a escritura es, pues, una huella donde se lee un efecto de lenguaje”.<sup>11</sup> Efecto que no es el significado de una u otra palabra – esto sería el sentido y, por tanto, mantenerse en el nivel del lenguaje, del significado-significante, del sentido del síntoma-. El efecto al que me refiero es el que Lacan menciona cuando habla de las pulsiones en su *Seminario 23, El sinthome* como “el eco en el cuerpo del hecho de que hay un decir”,<sup>12</sup> con lo cual Lacan alude al trazo de goce que queda como nudo, como núcleo, como letra del síntoma, letra fuera de sentido pero que, paradójicamente, es una letra para leer.

Pero la cuestión del cuerpo y la escritura también atañe a la filosofía. En este sentido, es muy interesante seguir las elaboraciones no solo de Derrida sino también de Jean-Luc Nancy –quienes además trabajaron juntos– en el tema que nos concierne. Nancy también se plantea la pregunta por la escritura y la une a la del cuerpo. Su pensamiento, basado en la ontología relacional y la ontología del cuerpo, sigue las líneas de la existencia como punto fuera que implica un dentro (fuera de sentido, fuera del cuerpo). El diálogo filosofía-psicoanálisis se dibuja. Nancy habla del cuerpo como extraño, extranjero, angustiante y se pregunta qué es la *excripción*, lo *excrito* (noción acuñada por él para hacer énfasis en la partícula *ex-* en tanto el situar fuera al que nos hemos referido hace un momento). A lo que responde, entre otras elaboraciones, que “La *excripción* de nuestro cuerpo, he ahí por donde primeramente hay que pasar. Su inscripción-afuera. Su puesta *fuera de texto* como el movimiento más *propio* de su texto: el texto *mismo* abandonado, dejado sobre su límite”<sup>13</sup> y vincula así la *excritura*, con el afuera, con el límite, con lo incognoscible, lo extraño, con el cuerpo mismo. La escritura, para Nancy, toca el cuerpo. Vemos, pues, que la escritura atraviesa el campo de la filosofía contemporánea en el eje Derrida-Nancy, como también el del psicoanálisis lacaniano. No nos detendremos en analizar el diálogo Nancy-Derrida porque rebasa las posibilidades de este artículo,<sup>14</sup> pero sí diremos que, a nuestro criterio, ahí yace un

<sup>11</sup> Lacan, Jacques, *Ibid.*, p. 147.

<sup>12</sup> Lacan, Jacques, *El Seminario, libro 23, El sinthome*, trad. Nora A. González, Buenos Aires, Paidós, p. 18.

<sup>13</sup> Nancy, Jean-Luc, *Corpus*, trad. Patricio Bulnes, Madrid, Arena libros, 2010, p. 14.

<sup>14</sup> Este es uno de los ejes trabajados en mi tesis doctoral: “El (otro) cuerpo y la (otra) escritura: El último Pasolini a la luz de Lacan, Derrida y Nancy” (2019, UAB).

fructífero intercambio entre dos filósofos interesados por lo que se entreteje del tema de la escritura con otros temas y autores.

## 1. En el inicio y en el final

En los inicios de la práctica de Lacan, aún como psiquiatra, publica un artículo, *Escritos inspirados* (1931), donde analiza el caso de la particularidad de la escritura de una paciente del servicio de un hospital psiquiátrico. Aún no se trata de la escritura tal como la plantea a partir de *El Seminario 18, De un discurso que no fuera del semblante*, es decir, como trazo y como abarrancamiento vinculado con el litoral pero, aún así, algo de eso se vislumbra. Lacan hace hablar a su paciente sobre los detalles de su escritura.

Cuando los dichos se anudan a lo escrito surge la dimensión de la letra como vinculada a algo del orden de la iteración, lo que insiste a pesar de no llegar a escribirse. Es un texto, como afirma Serge Cottet, que al centrarse en lo escrito parece estar, a la vez, atrasado y adelantado, pues Lacan utiliza conceptos pre-saussureanos y de la psiquiatría llamada clásica, pero también “anticipa los análisis dedicados a la lengua de Schreber y Joyce”.<sup>15</sup>

Esto llama la atención hacia lo que la escritura comporta en lo más fundamental, a saber, aquello que en el *parlêtre* no deja de no escribirse y con lo cual cada uno debe ingeniarse para encontrar una manera propia de hacer.

Lo importante, para Lacan, en su forma de leer el texto, es el trazo que hace síntoma, eso que itera en torno a lo que no se escribe y que no parte del sentido ni de la verdad. Esto es lo que se trata de escribir con los medios del *sinthome* (cuestión que Lacan tratará más adelante, a partir del *Seminario 23, El sinthome*) que, en el mejor de los casos, llegará a hacer nudo entre el ser y la existencia.

Jacques-Alain Miller escribe en la “Nota paso a paso” de *El Seminario 23, El sinthome*, que “Lacan y Derrida, cada uno es grande en su género, solo se trata de saber cuál”.<sup>16</sup> Y a continuación indica: “[d]

<sup>15</sup> Cottet, Serge, “Acerca de Esquizografía, la psicosis y la lengua” en *Freudiana*, 80, 2018, p. 102.

<sup>16</sup> Lacan, Jacques, *El seminario, libro 23, op cit.*, p. 230.

espués de todo, Lacan comenzó, como recuerda en *Le sinthome*, p. 76, por *Écrits 'inspirés': schizographie*, quizá todo está allí<sup>17</sup>.

Así, la clínica psicoanalítica, hacia los años 70, muestra al *parlêtre* como nudo que siempre se rehace en el síntoma, como continuidad del trazo que lo marcó al principio y que itera, pero que requiere de los tres registros para ser así subjetivado. El *parlêtre*, entonces, no se define por lo que en apariencia se contradice en sus hechos y dichos, él no es contradicción, pues ya sea que diga y haga algo y, también todo lo contrario, no se trata, finalmente y en última instancia, de un sí-no, de un binarismo o dialéctica sino de que en esa discontinuidad o, para decirlo con otras palabras, en esa paradoja, que puede ser una contradicción, se bordea algo de lo real para cada uno. El *parlêtre* no obedece a la temporalidad cronológica, sino a lo real, principio de continuidad. Él es la forma que encuentra de anudar, real, simbólico e imaginario, en singular.

## 2. La escritura para Derrida

Para Derrida la escritura es, sobre todo, un método que se debe a la diferencia, al hacer y al hacerse de la diferencia en tanto que crítica a la presencia. La escritura, podríamos afirmar, es el principal bastión de la deconstrucción derridiana, de ahí su importancia.

Las dos escrituras en juego, que se entrecruzan, que dialogan cuando Lacan trata el tema de la escritura a partir del Seminario 9 y hasta el 23, es decir, la escritura según Derrida y la escritura según

<sup>17</sup> *Ibidem*. Lacan dice, en el capítulo titulado *¿Joyce estaba loco?* que dedica a resaltar y desarrollar las diferencias entre la letra como escritura y la palabra, por la vía de distinguir lo verdadero y lo real y más concretamente goce, verdad y real que discrepa de Freud porque Freud pone lo verdadero del lado de lo que ocasiona placer distinguiéndolo así de lo real. Pero Lacan quiere subrayar su propio punto de partida: “Lo real no produce forzosamente placer. Está claro que en este punto distorsiono algo de Freud. Intento hacer notar que el goce pertenece a lo real. Esto me acarrea enormes dificultades, y en primer lugar porque está claro que el goce de lo real implica el masoquismo, que Freud percibió. El masoquismo es lo máximo del goce que da lo real. Freud lo descubrió, no lo había presentido de inmediato, evidentemente no había partido de esto. Ciertamente, entrar en este camino transporta, como testimonia que comencé escribiendo ‘Écrits inspirés’. De hecho, comencé de este modo, y por eso no he de sorprenderme demasiado por verme confrontado con Joyce. Por esta razón, me atreví a preguntar si Joyce estaba loco, es decir –¿por qué le fueron inspirados sus escritos?” (Ibid., p. 76). Lacan empezó analizando la escritura en su paciente y termina analizando la escritura –lo que hace escritura– en el caso de James Joyce, es ya un arco que determina una dirección en su enseñanza. La importancia del tema de la escritura como trazo de goce es entonces indiscutible para mí.

Lacan aportarán también aquí luz para desgranar lo que quiere decir “tomar el lenguaje a nivel de la escritura”.

El desarrollo de la noción de escritura en la obra de Derrida es abordado en diferentes momentos y de distintas formas en las que se deja claro que la escritura de la que se ocupa no se trata de una que parta de la concepción occidental de esta. Debido a la extensión de este artículo, no nos detendremos minuciosamente en los detalles de este desarrollo por parte de Derrida, sino que haremos una breve introducción a la noción de escritura en este filósofo. Subrayaremos que su ruptura o rechazo con/hacia el discurso occidental (logocéntrico) deja de manifiesto, entre otros, que para él no se trata del origen cuando se trata de la escritura, porque este asigna ya un sentido a la escritura. Lo dice así, entre otras formas, en *De la gramatología*: “la idea de ciencia y la idea de escritura –por consiguiente, también la idea de ciencia de la escritura– sólo tienen sentido para nosotros a partir de un origen y en el interior de un mundo a los cuales ya han sido asignados un cierto concepto del signo [...] y un determinado concepto de las relaciones entre habla y escritura”.<sup>18</sup> Esto le permite poner a debate cuestiones relevantes en el pensamiento occidental que descansan en la pregunta por el ser y el origen y proponer nociones propias como *diseminación*, *huella*, *tachadura* y *archihuella*, entrelazadas todas con su noción de escritura. Podríamos decir que la escritura, para Derrida, ese bastión de la deconstrucción conserva durante toda su obra el núcleo de la inexistencia de la foné en ella. La escritura derridiana no es fónica, no es la escritura de la que hablan los lingüistas como tampoco es la escritura gráfica de la literatura. Es lo que le permite a Derrida criticar la gramatología como ciencia de la escritura y argumentar la inexistencia de la escritura fonética:

[...] la escritura fonética *no existe*: nunca ha existido una práctica que fuese puramente fiel a su principio [...] el *espaciamento* en general, que son difíciles de considerar como simples accesorios de la escritura. El hecho de que un habla llamada viva pueda prestarse al espaciamento en su propia escritura, es lo que originariamente la pone en relación con su propia muerte.<sup>19</sup>

<sup>18</sup> Derrida, Jacques, *De la gramatología*, trad. Oscar del Barco y Conrado Ceretti, México, Siglo XXI, 1994, p. 9.

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 52.

Así es que lo que no se dice (e.g los espacios en los que se escribe) cobra toda su importancia en tanto que está escrito pero no pertenece al orden de lo fónico.<sup>20</sup> Derrida consigue, de esta manera, ir desarticulando los pares de opuestos, el logocentrismo occidental que tiende a pensar en términos binarios para, poco a poco, con la deconstrucción y la diseminación del sentido como aquello que “designa lo que no se deja integrar ahí [en lo simbólico], puesto que no constituye su simple exterioridad, aunque sea en forma del fracaso o de lo imposible”,<sup>21</sup> impulsar la polifonía y la polisemia en la escritura. Es decir, lo que queda a la espera de sentido absoluto. A este respecto, es interesante seguir la vía que traza René Major en relación con el tema del sentido por venir, a la espera, fuera, como imposible, ya que ese sentido absoluto nunca llega: “en relación con esta letra a la espera de una lectura diferida, la de la letra en *différance* ¿se trata de la misma letra, de un pliegue o un repliegue de la letra, o bien de un envío sin destinatario?”<sup>22</sup>

Estas líneas nos permiten tender puentes entre Derrida y Lacan, entre la filosofía contemporánea y el psicoanálisis lacaniano, en relación con la temática de la escritura, pero, a su vez, nos permite trazar sus diferencias. Por ejemplo, según Jacques Lacan, la escritura para Derrida está ligada al significante en tanto su “precipitación”:

A decir verdad, el nudo bo cambia completamente el sentido de la escritura. Confiere a dicha escritura una autonomía, tanto más notable cuanto que hay otra escritura, esa que resulta de lo que se podría llamar una precipitación del significante. En ella insistió Derrida, pero es completamente claro que yo le mostré el camino, como ya lo indica suficientemente que no he encontrado otra manera de sostener el significante más que con la escritura de S mayúscula. El significante es lo que queda. Pero lo que se modula en la voz no tiene nada que ver con la escritura.<sup>23</sup>

<sup>20</sup> Esto es lo que Derrida intenta remarcar con su neografismo *différance*, en el que la introducción de la a por la e (en *différence*, en francés) hace una nueva palabra que condensa diferencia y diferir. Véase unas páginas más adelante.

<sup>21</sup> Derrida, Jacques, *Posiciones*, trad. Manuel Arranz, Valencia, Pre-textos, 2014, p. 135.

<sup>22</sup> Major, René, *Lacan avec Derrida*, Paris, Flammarion, 2001, p. 61. (la traducción es nuestra).

<sup>23</sup> Lacan, Jacques, *El seminario, libro 23, El sinthome, op cit.*, p. 142.

Lacan quiere, con esta oposición, distanciarse de la idea de la letra como impresión o precipitación “[e]sta oposición, de la que se desprende el novísimo modo de escritura que propone Lacan, nos remite al comienzo de *Lituratierra*, texto enteramente centrado en dos aspectos de la función de la letra: la letra en tanto que hace agujero y la letra en tanto que constituye objeto *a*”.<sup>24</sup> En tanto esto<sup>25</sup> es que Lacan sostiene que su escritura –de la que él habla como trazo de goce– “viene de otra parte que del significante. No fue sin embargo ayer cuando me interesé en este asunto de la escritura, y cuando la promoví la primera vez que hablé del rasgo unario, *einzigiger Zug* en Freud. Debido al nudo borromeo, di otro soporte a este rasgo unario”.<sup>26</sup>

Se puede decir que, si la escritura para Lacan viene de otra parte que del significante, es decir del rasgo unario o el Uno solo, y que éste se soporta gracias al nudo borromeo (que anuda Real, Simbólico e Imaginario), entonces lo que está en juego es la manera de anudamiento –que no unión ni conjunción– de lo que no tiene sentido con lo que lo tiene, del saber con el goce, de lo que se escribe en un cuerpo con lo que de eso se puede llegar a saber, a descifrar, a leer. Así, la afirmación de Lacan “lo real depende de la escritura”<sup>27</sup> se hace más próxima al planteamiento del anudamiento como la manera singular de mantener juntos los tres registros que hacen al *parlêtre*, nudo que incluye ese real fuera de sentido que fue al principio y que es real porque se escribió. La invitación a este abordaje no es, pues, por la vía del sentido o de la escucha, sino por la de la lectura.

La escritura, para Derrida, no tiene que ver con el trazo de goce en el cuerpo, pero sí con la lectura, lo cual se relaciona directamente con una notación que hace una diferencia: el cambio de la *e* por la

<sup>24</sup> Laurent, Éric, *El reverso de la biopolítica*, trad. Enric Berenguer, Buenos Aires, Grama, 2016, p. 124.

<sup>25</sup> En Lacan, *El seminario 23, El sinthome* (2008): “[l]a sola introducción de los nudos bo hace pensar que sostienen un hueso. Esto sugiere, si puedo decir así, lo suficiente algo que llamaré en esta oportunidad osbjeto. Esto es lo que caracteriza la letra con la que acompaño este osbjeto, a saber, la letra *a* minúscula. Si reduzco este osbjeto *a* esta *a* minúscula, es precisamente para marcar que la letra no hace en esta oportunidad más que mostrar la intrusión de una escritura en tanto que otra [autre], con una *a* minúscula” (Lacan, 2008: 143). Con osbjeto Lacan incluye la palabra “os” (hueso, en francés) con “objeto”, para puntualizar la función de la letra como objeto-hueso que sostiene algo.

<sup>26</sup> *Ibid.*, p. 143.

<sup>27</sup> *Ibid.*, p. 133.

*a* en su neografismo *différance*. La *a* (como, por su parte, el objeto *a* para Lacan) señala un funcionamiento de la escritura. En las elaboraciones de Derrida se trata de llamar la atención sobre el hecho de que no hay escritura fonética, la *a* actúa de manera silenciosa. En este punto, podríamos decir que tanto Lacan como Derrida se sirven de algo que no pasa por la palabra, que tiene que ver con el silencio. Entre el decir y el silencio hay un muro, algo que impide que exista una relación entre palabra y escritura. Es en este terreno que la *a* será de gran importancia para Derrida, en tanto lo que opera en silencio:

Esta discreta intervención gráfica, que no se ha hecho en principio ni simplemente por el escándalo del lector o del gramático, ha sido calculada en el proceso escrito de una interrogación sobre la escritura [...] esta diferencia gráfica (la *a* en lugar de la *e*), esta diferencia señalada entre dos notaciones aparentemente vocales, entre dos vocales, es puramente gráfica; se escribe o se lee, pero no se oye. No se puede oír, y veremos también en qué sentido sobrepasa el orden del entendimiento [...] Pero diré que ello mismo –este silencio que funciona en el interior solamente de una escritura llamada fonética– señala o recuerda de manera muy oportuna que, contrariamente a un enorme prejuicio, no hay escritura fonética. No hay una escritura pura y rigurosamente fonética. La escritura llamada fonética no puede en principio y de derecho, y no sólo por una insuficiencia empírica o técnica, funcionar, si no es admitiendo en ella misma ‘signos’ no fonéticos (puntuación, espacios, etc.).<sup>28</sup>

Lo inaudible, entonces, cobra protagonismo en la escritura. Punto en común con Lacan. Para Derrida, la *différance* pone esto de manifiesto mientras le permite distinguir la *différance* del ser (es lo que sostiene también en su noción del no-origen y la archihuella): “[y] a se ha hecho necesario señalar que la diferencia no es, no existe, no es un ser presente (*on*), cualquier que éste sea; y se nos llevará a señalar también que todo lo que no es, es decir, todo; y en consecuencia que no tiene existencia ni esencia. No depende de ninguna categoría de ser alguno presente o ausente”.<sup>29</sup> Y, luego, a afirmar que

<sup>28</sup> Derrida, J., “La Différance” en *Márgenes de la filosofía*, trad. Carmen González Marín, Madrid, Cátedra, 1994, pp. 40-41.

<sup>29</sup> *Ibid.*, p. 42.

no hay *phoné*<sup>30</sup> cuando habla de lo que no se puede escuchar (la *a* por la *e*) y, por tanto, no es concepto ni palabra: “[e]s inaudible la diferencia entre dos fonemas, lo único que les permite ser y operar como tales. Lo inaudible abre a la interpretación los dos fonemas presentes, tal como se presentan”,<sup>31</sup> y enseguida afirma “Si no hay, pues, una escritura puramente fonética, es que no hay *phoné* puramente fonética. La diferencia que hace separarse los fonemas y hace que se oigan, en todos los sentidos de esta palabra, permanece inaudible”.<sup>32</sup> Este punto en común –cuando se toma en cuenta la última enseñanza de Lacan– es importante, pues Derrida, en buena parte de su libro *De la gramatología* (1967), critica la metafísica de la presencia y hace a la fonología responsable de “la exclusión o rebajamiento de la escritura”,<sup>33</sup> cuestión en la que se basa la historia de la filosofía desde Platón.

También hay que mencionar que, para Derrida, la palabra y la escritura tienen la misma raíz, a saber, la huella: “¿Cuándo empieza la escritura? ¿Dónde y cuándo la huella, escritura en general, raíz común de la palabra y de la escritura?”.<sup>34</sup> Para él, habla y escritura tienen características similares por lo que no puede aislarse y privilegiarse un solo término, como lo hace el logocentrismo.

Tampoco se puede hablar de privilegiar lo dicho o la escritura en Lacan, porque estas nociones tendrán más o menos relevancia según

<sup>30</sup> Éric Laurent alude precisamente a esto cuando, en la entrevista *El Uno solo*, concedida a la revista *Freudiana*, 83, habla sobre lo que marca el cuerpo dejando el trazo de goce: “Precisamente porque hay, claramente, un punto que no se puede decir; y al mismo tiempo toma la forma de una inscripción directa del significante sobre el cuerpo. Vemos bien que con la alucinación tenemos un *trou-matisme*. Algo hace agujero, y es la razón por la cual las alucinaciones –Lacan lo plantea al final de su enseñanza– no tienen ninguna dimensión auditiva. Una alucinación no se escucha. Lacan decía que la voz es afónica, no hay “la foné”. Esta es más bien del orden de la escritura, pues está vinculada a *lalangue*, pero sin que haya la palabra para darle una vocalización. A pesar del encanto de la música –a pesar de los artistas increíbles que acabamos de escuchar en el Congreso12– la música no es música de la lengua, la música es lo que viene al lugar de la ausencia, de lo áfono. Y como hay lo áfono, efectivamente, hemos inventado la música. Si hemos inventado la música es para hacernos una idea de lo que designa el sinsentido, de lo que hay más allá. Así pues, tenemos el *trou-matisme*, y la manera con la que esto determina, después, el circuito; es decir, la manera particular con la que cada uno de nosotros utiliza la lengua común, la que puede compartir con los demás” (Laurent, Éric, “El Uno solo”, en *Freudiana*, 83, 2018, p. 86).

<sup>31</sup> Derrida, Jacques., “La Différance”, *op. cit.*, p. 41.

<sup>32</sup> *Ibidem*.

<sup>33</sup> Derrida, Jacques, *De la gramatología*, *op. cit.*, p. 151.

<sup>34</sup> *Ibid.*, p. 109.

la época de su enseñanza. Además, no se puede acceder al efecto de escritura como trazo del goce si no es a través de la palabra, de los dichos de cada analizante. No se puede entrar sino a partir del sentido, como mostraremos enseguida. Lo escrito, para Lacan, está vinculado a lo traumático de *lalengua* y a la imposible representación de este trauma por ser un agujero de sentido. *Lalengua*, traumática porque toca lo real, como señala Jean-Claude Milner en *Los nombres indistintos*: “*Lalengua*, finalmente, toca lo real; porque no la agotan ni los efectos de la comunicación ni los espaciamentos de lo discernible”.<sup>35</sup> Se trata, entonces, de pasar del síntoma considerado como un mensaje a descifrar, síntoma que habla, al síntoma que no habla, sino que se escribe en silencio y que no es más un enigma o comunicación sino escritura. Es lo que se puede comprobar al final de largos análisis, después de que se ha franqueado el momento de pasar del síntoma que habla y quiere decir algo, es decir, del síntoma con sentido a un síntoma que no habla sino se escribe en el cuerpo:

Al final de largos análisis se constata, en efecto, que el síntoma no se desvanece tras haber sido interpretado mediante múltiples efectos de sentido sucesivos. Hay restos sintomáticos en los que se revela la forma lógica fundamental del síntoma como aquello que se escribe en el cuerpo y no habla, no pasa por la experiencia de la palabra y luego deja de interesar en lo que al sentido se refiere. Esta estructura revelada al final de la experiencia debe ser considerada como primera. Ella es la que Lacan encuentra, a cielo abierto, en Joyce –y que está directamente conectada con su goce [...] Una vez se ha franqueado el paso lacaniano, el síntoma se limita a una pura escritura en el cuerpo, no habla. Se abre entonces en el análisis una experiencia que no pasa por la palabra.<sup>36</sup>

Esta experiencia que no pasa por la palabra no quiere decir que sea sin ella. La palabra es necesaria para acercarse a esa escritura singular, tanto en Lacan como en Derrida. Sin embargo, su uso (el de la palabra) es muy distinto –tanto por el analizante como por el analista– en un momento que en otro. Algo cambia en relación con la disposición a poder leer ciertas cuestiones que siempre estuvieron ahí por parte del analizante y es así como se entra en esta nueva

<sup>35</sup> Milner, Jean-Claude, *Los nombres indistintos*, op.cit., p. 41

<sup>36</sup> Laurent, Éric, *El reverso*, op. cit., pp. 52-53,

experiencia en relación con el síntoma que es pura escritura, pura letra de goce. La proximidad de la palabra y la escritura no es lejana pero no llega a ser una relación de reciprocidad en tanto que la palabra –con el cuerpo como instrumento con el que se habla– será un medio para acceder a lo escrito y, a su vez, para escribir algo con este ternario cuerpo-goce-escritura: “lo que se escribe fue primero palabra, y lo que contingentemente deja de no escribirse y se escribe, se escribe sirviéndose de la palabra [...] lo que la escritura escribe no es otra cosa que lo que del goce se fija”<sup>37</sup>. La cuestión es, entonces, saber de qué goce se trata ese que no pasa por la palabra pero que viene de ella. Para saberlo se debe tomar el lenguaje a nivel de la escritura y, más allá de escuchar, leer.

### 3. Lectura del trazo y de la escritura

La escritura para ser leída no es la calcada en un papel ni aquella capturada por cualquier otro instrumento en una superficie, esto sería el escrito de la palabra. Jacques-Alain Miller, en su curso *El ser y el Uno* (2011), donde diferencia ser y existencia, llama a la escritura de la que nos ocupamos aquí una escritura de existencia, a un nivel separado de la significación. Es este nivel, entonces, en el que hay que tomar el lenguaje: en el nivel de una existencia sin mundo, lo que quiere decir que se trata de una existencia sola, toda sola, sin nada que haga de sentido, saber, ni siquiera de compañía.

Se trata de un significante que es sin otro. Este significante solo depende de un efecto de escritura y no de significación.

Hay aquí, pues, otro detalle importante que mencionaremos antes de abordar el tema de la lectura. Lacan ya había dicho (en *Lituratierra*) que la letra no es primaria respecto del significante: “[l]o que inscribí, con la ayuda de letras, de las formaciones del inconsciente para recuperarlas de donde Freud las formula, al ser lo que son, efectos de significante, no autoriza a hacer de la letra un significante ni a afectarla, además de una primariedad respecto del significante”.<sup>38</sup> Lo que quiere decir que la escritura del goce tampoco lo es. Para abordar esto, es necesario hacerlo desde una de las

<sup>37</sup> Fuentes, Araceli, *El misterio del cuerpo hablante*. Barcelona, Gedisa, 2016, p. 103.

<sup>38</sup> Lacan, Jacques, “*Lituratierra*”, op. cit., p. 22.

concepciones del nudo borromeo que Lacan plantea en *El Seminario 23, El sinthome* y que dice que da soporte al pensamiento, de aquí se verá lo que para Lacan es “primario” y, por ello, la función que tiene la lectura de la escritura llamada de existencia. En la página 142 de este seminario dice:

[...] la expresión *¡Hay que hacerlo!* Tiene un estilo actual. Nunca se la dijo tanto, y esto se ubica muy naturalmente en la fabricación de este nudo que es en realidad una cadena. *Hay que hacerlo* se reduce a escribirlo. Lo curioso es que este nudo es un apoyo para el pensamiento [...] curiosamente, para obtener algo de él, hay que escribirlo, mientras que, solo con pensarlo, no es fácil representárselo y verlo funcionar, ni siquiera el más simple. Este nudo, este nudo bo, conlleva que hay que escribirlo para ver cómo funciona.<sup>39</sup>

La escritura tiene, así, la función de soporte al pensamiento y Lacan la califica de “hacer primero”,<sup>40</sup> es decir que lo primero es el hacer que hace a lo escrito. Éric Laurent desarrolla este punto no solo evocando un momento más temprano de la enseñanza de Lacan en donde ya se pregunta por esto sino también retomando la manera en que Freud se lo preguntó en *Tótem y Tabú* (1913):

Freud consideraba que al comienzo era el acto, el del asesinato del padre, y traducía igual que Fausto. Lacan también se enfrentó a esta pregunta desde los albores de su enseñanza: “¿Cómo agotaría en efecto la palabra el sentido de la palabra o, por mejor decir con el logicismo positivista de Oxford, el sentido del sentido, sino en el acto que lo engendra? Así el vuelco goetheano de su presencia en los orígenes: ‘Al principio fue la acción’, se vuelca a su vez: era ciertamente el verbo el que estaba en el principio [...] Y no podemos volvernos hacia esa acción sino dejándonos empujar cada vez más adelante por ella”. Este punto creacionista es retomado en el “hacer” primero de lo escrito, con el que vendrán a articularse los significantes. ¿Qué es lo primero, la palabra o el hacer? Ciertamente, no la palabra, sino una escritura del cuerpo, después de la cual vendrá la palabra.<sup>41</sup>

<sup>39</sup> Lacan, Jacques, *El Seminario, libro 23, op. cit.*, p. 142.

<sup>40</sup> Laurent, Éric, *El reverso, op. cit.*, p. 150.

<sup>41</sup> *Ibid.*, p. 150-151.

Como excelentes ejemplificaciones de lo anteriormente mencionado se pueden tomar varios testimonios de sujetos que hablan de cómo una sensación “x” en el cuerpo se les presentaba como desbordante y sin palabra, y ante lo cual ya sea inventaron una palabra para nombrarla o se agarraron a algo de las palabras del Otro con la misma intención. En ambos casos, el lenguaje viene del Otro. Esta es la experiencia de *lalengua* de la que los testimonios de Michel Leiris y de Pier Paolo Pasolini son una gran ilustración para comprender a qué nos referimos.

¿Qué quiere decir leer lo escrito en el cuerpo, el trazo de goce en él? Primero que todo esto es lo que implica el título de este artículo: “tomar el lenguaje a nivel de la escritura”, en otras palabras, implica tomar el Uno todo solo y leerlo, porque en este terreno ya no se escucha el sentido pues el sentido se agota. No haremos más que mencionar la cuestión de los restos sintomáticos para decir que en ellos hay algo que está más allá de la interpretación freudiana, más acá del sentido.

Miller resalta que la lectura de la escritura fuera de sentido que le concierne al psicoanálisis, a saber, la del goce, implica tomar en cuenta la materialidad de la palabra y la letra:

La disciplina de la lectura apunta a la materialidad de la escritura, es decir la letra en tanto que produce el acontecimiento de goce que determina la formación de los síntomas. El saber leer apunta a esa conmoción inicial, que es como un clinamen del goce [...] Para Freud, como él partía del sentido, eso se presentaba como un resto, pero de hecho ese resto es lo que está en los orígenes mismos del sujeto, es de algún modo el acontecimiento originario y al mismo tiempo permanente, es decir, que se reitera sin cesar [...] La interpretación como saber leer apunta a reducir su síntoma a su fórmula inicial, es decir al encuentro material de un significante y del cuerpo, es decir al choque puro del lenguaje sobre el cuerpo. Entonces ciertamente, para tratar el síntoma hay que pasar por la dialéctica móvil del deseo, pero también es necesario desprenderse de los espejismos de la verdad que ese desciframiento les aporta y apuntar más allá a la fijez del goce, a la opacidad de lo real. Si yo quisiera hacer hablar a este real, le imputaría lo que dice el dios de Israel en la zarza ardiente, antes de emitir los mandamientos que son el revestimiento de su real: “soy lo que soy”.<sup>42</sup>

<sup>42</sup> *Ibidem.*

Esta frase de Dios a Moisés que se encuentra en el Éxodo es la misma reducción que la formulación lógica –que también plantea Miller– sobre la escritura de existencia: “existe un ‘x’ tal que cumple la función ‘x’”. Así, ‘x’ es ‘x’. Se trata de la reducción a lo mínimo, al inicio, a la letra que se escribió al principio y que produjo al *parlêtre* y que es también núcleo de su síntoma. ¿Cómo se transforma esa palabra en escritura? Leyendo, como se plantea en estos párrafos, en lo que se dice, “[l]eer en lo que se dice, supone una transmutación de la palabra en escritura. Por ejemplo, es imposible jugar con la homofonía, si uno no se refiere a la ortografía, a la buena manera de escribir. Solo es posible jugar con la homofonía si eso que se pronuncia de la misma manera se escribe de maneras diferentes”.<sup>43</sup>

El juego de palabras, lectura de lo escrito en el lenguaje, la interpretación por el equívoco hace resonar el vacío, el agujero, que tiene como borde la letra, aislando en el síntoma la letra del goce. Lacan, lo dice así: “A partir de esto, a saber, a partir del momento en que se pesca aquello que en el lenguaje hay [...] de más vivo o de más muerto, a saber, la letra, únicamente a partir de allí tenemos acceso a lo real”.<sup>44</sup> Tomar el lenguaje a nivel de la escritura tiene que ver con esto, con la escritura de *lalengua*, que se hace pasando del sentido, no inyectándolo sino dando lugar al equívoco, a anular uno de los sentidos que la palabra en el sentido común tiene. En palabras de Esthela Solano-Suárez:

Con respecto a esta dimensión de la lectura, Lacan indica que no podemos obviar de que se trata allí de un recurso a la escritura. Por ejemplo, podemos decir en castellano “un nombre” o “un hombre” sin pronunciar ninguna diferencia fonética. Si la operación analítica interrumpe la sesión en tal enunciación, quizá la intención del analizante era decir “un hombre”, y la interrupción de la sesión le puede hacer escuchar –recurriendo a la escritura– una escritura diferente de ese equívoco homofónico: “un nombre”. O sea que hay una relación entre escritura y lectura en la operación analítica. ¿Por qué? Porque la aspiración de Lacan es precisamente usar el significante dándole el valor de letra. La letra es lo que se escribe. Pero la letra de *la lalengua* es una letra fuera de sentido. Es decir, una letra que no se articula para producir un saber. Aunque el inconsciente se sirve de

<sup>43</sup> Miller, Jacques-Alain, “La palabra que hiera” en *Lacanianana*, 24, 2018, p. 24.

<sup>44</sup> Lacan, Jacques, “La tercera” en *Intervenciones y textos 2*, Buenos Aires, Manantial, 2008, p. 106.

la letra, de *la lalengua*, para producir un saber que se articula en las formaciones del inconsciente.<sup>45</sup>

Saber leer en lo que se dice, tomar el lenguaje a nivel de la escritura, implica un recorrido tanto para el psicoanalista como para el psicoanalizante. El recorrido de sus respectivos análisis los llevará por ese camino, a franquear el terreno del sentido para pasar al sin sentido, al terreno de la letra. Es decir, a poder tomar el significante como semblante y a lo que se escribe en la palabra –es decir la letra de goce– como siempre la misma, iteración. Solo así diferenciarán entre dos escrituras: la que transcribe la palabra y la escritura de existencia en tanto lo que ha estado desde el principio ahí para el analizante. Por un lado, entonces se puede situar la palabra, el semblante, el ser y el deseo y, por el otro, la existencia y la escritura. El Uno de la existencia, como dice Jacques-Alain Miller, en su curso *El ser y el Uno* (2011), es un efecto de escrito.

#### 4. El saber y el equívoco

Para llegar a saber algo sobre la escritura de goce en el cuerpo, hay que pasar por el sentido, por la palabra. Hace falta gozar de escuchar sentido para poder sostener lo que no lo tiene. El pensamiento, según Lacan, ayuda a esto pues está del lado de la representación y de la imagen. En suma, no se puede saber qué es lo que no tiene sentido y, sin embargo, hay que saber sostenerlo, unirlo bien con otras aristas de la vida. Es lo que implica, de alguna manera, el nudo borromeo que enseña Lacan en *El Seminario 23, El sinthome* y lo que sucede cuando el sentido se agota: que hay que sostener el sinsentido de alguna manera y para eso, hace falta un artificio. Nudo, sentido y artificio quedan pues para ser tratados alrededor de lo mismo: “[e]ncontrar un sentido implica saber cuál es el nudo y unirlo bien gracias a un artificio”.<sup>46</sup> Esto es lo que sucede en un análisis llevado hasta el final, el sujeto obtiene un sentido sobre su síntoma y una vez este cae (momento en que franquea el terreno del sentido pasando

<sup>45</sup> Solano-Suárez, Esthela, “Emparentarse a un pouate” en *Freudiana*, 84, 2018, pp. 106-107.

<sup>46</sup> Lacan, Jacques, *El Seminario, libro 23, op. cit.*, p. 71.

pues a otra manera de usar el lenguaje) entonces deberá encontrar un artificio –articulado a una ficción que se agarre al cuerpo– que le permita tratar, regular, el real en juego para él. Que esta ficción “se agarre al cuerpo”, como señala Éric Laurent, quiere decir que debe estar agarrada “a la articulación del cuerpo y del goce [...] implica que se introduzca algo de la significación fálica –sino estamos en un mecanicismo brutal– pero no del lado de una articulación al padre, sino más bien una significación fálica articulada a partir de los objetos a, de las inscripciones del goce”.<sup>47</sup>

Este saber, que será de ayuda para elaborar el artificio debe pasar por los desfiladeros del equívoco. Así, en un principio, el pensamiento (es decir los significantes) servirán al sujeto para pensar en su manera particular de gozar, en su historia, los significantes que le han marcado, su soledad, sus otros, etcétera. Pues ese artificio no puede surgir directa y exclusivamente de lo real, sino que debe apoyarse en lo simbólico y lo imaginario (es decir, en el sentido): “Se trata de un empalme de lo imaginario con el saber inconsciente. Todo esto para obtener un sentido, lo que es objeto de la respuesta del analista a lo que el analizante expone a lo largo de su síntoma”,<sup>48</sup> es un punto importante de lo que Lacan llama el *sinthome*, que sirve para poder sostener lo real que hemos mencionado hace un momento. Pero Lacan agrega que al realizar este empalme “hacemos con él al mismo tiempo otro, precisamente entre lo que es simbólico y lo real [...] Lo característico de nuestra operación, volver posible este goce, es lo mismo que lo que escribiría *j’ouïs-sens*. Es lo mismo que oír un sentido”.<sup>49</sup>

Es para este empalme que los significantes son importantes, no solo por el sentido que puedan aportar sino también porque al vaciarse de sentido se puede hacer con ellos algo más allá de la significación. Este vaciamiento es lo que permite agujerar el lenguaje mismo, servirse de los equívocos, saberse fruto del malentendido, del equívoco mismo. Se piensa con los significantes y estos llevan por la vía de la evidencia (en tanto evocan sentido en el mundo) pero

<sup>47</sup> Laurent, Éric, “El Uno solo”, *op.cit.*, p. 80.

<sup>48</sup> Lacan, Jacques, *El Seminario, libro 23, op, cit.*, p. 70.

<sup>49</sup> *Ibidem*. Lacan, Jacques, *El Seminario, libro 23, op, cit.*, p. 70. La nota de traducción, respecto de la palabra *J’ouïs-sens*, dice: *J’ouïs-sens* (yo oigo sentido) es homófono de *jouissance* (goce).

una vez esa evidencia es vaciada, cuando los significados ya no son evidencia de nada, es que se puede sostener el sinsentido en juego ya que ese vaciamiento del sentido conlleva también un vaciamiento o aligeramiento del goce que está en el sentido mismo. Para decirlo de otra manera, cuando se sabe algo a cerca del propio goce y esto se asume, cuando el sentido se presenta ya no como una evidencia sino como una posibilidad más entre otras, entonces el goce por ese sentido se agota, se vacía y se hace lugar a otra cosa. Así, lo real del síntoma no puede ser tratado solo por el sentido, sino que este necesita otra vía que, apoyada en el pensamiento a manera de “[s]e piensa contra un significante. Este es el sentido que he dado a la palabra apensamiento. Uno se apoya contra un significante para pensar”,<sup>50</sup> pasa a una lógica de “suturas y empalmes”<sup>51</sup> de los tres registros.

Los tiempos a los que me refiero son los que marca Éric Laurent con relación al cuerpo, el goce y el saber. En el primero sitúa la emergencia de goce en el cuerpo del *parlêtre*. En el segundo tiempo se encuentra que este primer tiempo intenta pasar al decir y no puede. El tercero es el tiempo del saber que se extrae de los otros dos. Los detallaré un poco más.

Primer tiempo: el cuerpo como lugar donde se inscribe el goce antes que el estadio del espejo, ese momento sin mirada, antes de que surja el cuerpo como imagen y el intento del sujeto por identificarse a ella. Es la inscripción del rasgo de goce, el traumatismo de *la lalengua* que deja un agujero simbólico para el *parlêtre*, es decir un acontecimiento al que las palabras no alcanzan, no cubren. Al respecto, Laurent dice “[p]rimero hay una emergencia de goce, un ‘eso se siente’ que es traumatismo, impacto de goce que se escribe como síntoma en la superficie del cuerpo abarrancada por las nubes significantes”.<sup>52</sup>

Segundo tiempo: el *parlêtre* intenta pasar “eso que se siente” al decir. Sus palabras y el camino que ellas recorren, todo su discurso es producido por esa letra de goce que quedó inscrita en el tiempo uno. Su síntoma viene de ahí también, por tanto, el sentido que le da también responde a esto. Todas sus maneras de decir el “eso se

<sup>50</sup> *Ibid.*, p. 153.

<sup>51</sup> *Ibid.*, p. 71.

<sup>52</sup> Laurent, Éric, *El reverso, op. cit.*, p. 75.

siente”, de intentar atrapar ese primer momento que, por el goce, inauguró su inconsciente, son fallidas, no llegan a decirlo del todo. El *parlêtre* entonces está siempre errando y fallando en eso pues se trata de que “cuando la palabra pasa al decir, vendrán los efectos de significante [...] una palabra pasa al decir, que no puede atrapar el tiempo primero sin equívoco, por lo tanto, sin saberlo, la captación del trauma estará siempre marcada por el hiato irreductible entre escritura y palabra que sostiene la existencia de los equívocos”.<sup>53</sup>

Tercer tiempo: el tiempo del saber algo sobre eso que “se siente” y no puede ser pasado al decir. Momento de saber que estos dos elementos –si se nos permite llamarles así– son tan heterogéneos que no se puede recuperar el primero a través del segundo o que el segundo no puede decir nada cabal sobre el primero. El *parlêtre* se deduce entonces como equívoco, el sentido se agota y un saber unido a lo real, que lo trata y lo regula surge a partir de los equívocos de *la lalengua*. El tiempo del saber, según Laurent, “Sólo puede deducirse en el a posteriori de los equívocos de la palabra. Cuando uno habla con su cuerpo, es importante advertir que lo hace sin saberlo”.<sup>54</sup>

Se ve pues que lo escrito está siempre presente en la palabra, en el síntoma, en el cuerpo. Que hace falta la palabra para llegar a saber que hay algo que no se puede decir y que, una vez llegado ese punto, ese momento de franqueamiento, los equívocos permiten al *parlêtre* habitar el lenguaje y su cuerpo de otra manera. Una que quizás sea menos dolorosa o tal vez con un goce que se hace más ligero porque se vuelve posible regularlo a partir de la escritura de lo que se llama castración. Es decir, castración del sentido. Un basta al sentido que tiende a inflar y a taponar, que es goce en sí mismo.

De esta manera, servirse del pensamiento, de las elaboraciones, del sentido mismo, pero también de los equívocos y los agujeros en el tejido simbólico para concluir en un “eso no significa nada” (es decir que el acontecimiento primero no tiene ningún sentido en particular, según lo expuesto en esta investigación) permite trazar claramente la diferencia entre lo que puede representarse y lo que no, entre el dicho y la escritura, permite tomar el lenguaje a nivel de la escritura, y hacer algo con eso. Esto implica las tres consistencias

<sup>53</sup> *Ibidem*.

<sup>54</sup> *Ibidem*.

como homogéneas, al mismo tiempo que irreductibles, en las que Lacan insiste en su última enseñanza: Real, Simbólico e Imaginario.<sup>55</sup>

Esta escritura de tres consistencias, R, S e I le permite a Lacan no solo conservar el significante, sino también reforzar la separación entre “lo que se modula en la voz”; la “palabra fónica” y la escritura como “hacer”. Esta escritura será soporte que permite pesar contra. El pensamiento está del lado de la representación, de la imagen, mientras que la escritura es notación de lo que no tiene representación. En este sentido, la escritura es adecuada para la notación del agujero sin imagen.<sup>56</sup>

Sin embargo, hay sujetos que no necesitan saber sobre su goce, no les hace falta pasar por este recorrido analítico para poder sostener el sinsentido, lo real que les concierne. Es el caso de los artistas que, con el artificio que ya es su arte, saben –muchas veces sin saberlo– hacer con él un borde a lo insoportable de lo real, del trazo de goce en el cuerpo.

<sup>55</sup> Los tres registros, tres consistencias que elabora Lacan, Real Simbólico e Imaginario, son trabajados en el libro *Los nombres indistintos* de Jean-Claude Milner, sobre todo en el primer capítulo titulado “R, S, I”, en donde es esclarecedor y de ellos, dice: “Hay tres suposiciones. La primera, o más bien la suposición uno, pues ya es excesivo darles un orden, es que, por arbitrario que sea, *hay*: Proposición tética con no más contenido que su planteamiento mismo; gesto de corte sin el cual no hay nada que haya. Se nombrará esto real o R. Otra suposición, llamada simbólica o S, es que *hay lalengua*, suposición sin la cual nada, y singularmente ninguna suposición, podría decirse. Otra suposición, por último, es que *hay semejante*, donde se instituye todo lo que forma lazo: es lo imaginario o I.” (p. 9)

<sup>56</sup> Laurent, Éric, *El reverso*, op. cit., p. 151.

## Bibliografía

- Attié, Joseph, *Entre le dit et l'écrit. Psychanalyse & écriture poétique*, Paris, Editions Michèle, 2015.
- Cevasco, Rithée, “La letra, una vía hacia lo real” en *Pliegues, Revista de la Federación de Foros del Campo Lacaniano en España*, N° 4, 2013, pp. 159-73.
- Cottet, Serge, “Acerca de Esquizografía, la psicosis y la lengua” en *Freudiana*, N° 80, 2018, pp. 101-108.
- Derrida, Jacques, *De la gramatología*, trad. Oscar del Barco y Conrado Cerretti, México, Siglo XXI, 1994.
- , *Márgenes de la filosofía*, trad. Carmen González Marín, Madrid, Cátedra, 1994.
- , *Posiciones*, trad. Manuel Arranz, Valencia, Pre-textos, 2014.
- Esqué, Xavier, “Acerca de la interpretación inolvidable” en *Lacanianana*, 25, 2018, p. 133.
- Fuentes, Araceli, *El misterio del cuerpo hablante*, Barcelona, Gedisa, 2016.
- Lacan, Jacques, *El Seminario, libro 20, Aun*, trad. Diana Rabinovich, Delmont-Mauri y Julieta Sucre, Buenos Aires, Paidós, 2004.
- *El Seminario, libro 23, El sinthome*, trad. Nora A. González, Buenos Aires, Paidós, 2008.
- “Lituratierra” en *Otros escritos*, Buenos Aires, Paidós, 2012, pp. 19-29.
- “La tercera” en *Intervenciones y textos 2*, Buenos Aires, Manantial, 2008, pp. 73-108.
- “Conferencia en Ginebra sobre el síntoma” en *Intervenciones y textos 2*, Buenos Aires, Paidós, 2007, pp. 115-144
- Laurent, Éric, *El reverso de la biopolítica*, trad. Enric Berenguer, Buenos Aires, Grama, 2016.
- “El Uno solo” en *Freudiana*, 83, 2018, pp. 73-88.
- Major, René, *Lacan avec Derrida*, Paris, Flammarion, 2001.
- Miller, Jacques-Alain, “La causa lacaniana” en *Freudiana*, 67, 2013, pp. 11-22.
- “Leer un síntoma” en *Blog de la Asociación Mundial de Psicoanálisis* [en línea], 2011. Consultado el 02/07/2019. URL: <http://ampblog2006.blogspot.com/2011/07/leer-un-sintoma-por-jacques-alain.html>
- “La palabra que hiere” en *Lacanianana*, 25, 2018, pp. 23-26.
- Milner, Jean-Claude, *Los nombres indistintos*, trad. Irene Agoff, Buenos Aires, Manantial, 1999.
- Nancy, Jean-Luc, *Corpus*, trad. Patricio Bulnes, Madrid, Arena libros, 2010.
- Solano-Suárez, Esthela, “Emparentarse a un pouate” en *Freudiana*, 84, 2018, pp. 87-114.
- Soler, Colette, “Du parlêtre”, en *L'en-je lacanien*, 2, 11, 2008, pp. 23-33.